



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

Paper Universitario

TÍTULO

LA VOZ VIVA DE OCTAVIO PAZ

AUTOR

**Fernando Balseca, docente del Área de Letras
de la Universidad Andina Simón Bolívar,
Sede Ecuador**

Quito, 2014

DERECHOS DE AUTOR:

El presente documento es difundido por la **Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**, a través de su **Boletín Informativo Spondylus**, y constituye un material de discusión académica.

La reproducción del documento, sea total o parcial, es permitida siempre y cuando se cite a la fuente y el nombre del autor o autores del documento, so pena de constituir violación a las normas de derechos de autor.

El propósito de su uso será para fines docentes o de investigación y puede ser justificado en el contexto de la obra.

Se prohíbe su utilización con fines comerciales.

Fernando Balseca

La voz viva de Octavio Paz

Varios motivos se nos presentan para recordar la vida y la obra fecundas de Octavio Paz, cuyo centenario de nacimiento celebramos en 2014. Uno de ellos es la constancia de Paz en su esfuerzo por fijar para la poesía un lugar de dignidad en medio del bullicio al que pretende someternos la experiencia moderna. El silencio que acompaña la escritura de un poema, primero, y que después duplica sus resonancias en la lectura, es altamente significativo y poderoso por ser parte de un mecanismo que le permite a una persona, extrañamente, estar con ella misma al tiempo que se deja transportar por las asociaciones novedosas de lo que está leyendo.

Paz no sólo ha escrito muchísimos de los grandes poemas de la lengua castellana de todos los tiempos, sino que ha sido un escritor que ha reflexionado con responsabilidad e intensidad sobre las resonancias del acto de escribirlos: cómo es que un poema llega a representar aspiraciones y frustraciones personales y comunitarias, por qué la poesía importa, cómo se lee un poema. Por eso en la obra de Paz hay comentarios sobre poesía que constituyen una prueba palpable de que esta es un suceso trascendente para quien decida acogerse a ella.

Palabra, voz exacta
y sin embargo equívoca

confirma uno de sus tempranos textos, en medio de una engañosa simpleza, pero que nos coloca en el centro de la complejidad, y a veces dificultad, de leer poesía: el poema interesa también por las asociaciones desconocidas a las que nos lleva la palabra del poeta, como una revelación no buscada, pero que, una vez acaecida, es capaz de generar efectos inesperados en la psiquis de quien lo está leyendo. Cuánta comprensión profunda hay en esas siete palabras presentadas en dos líneas: los versos están allí, finalizados, para nuestros ojos o nuestra escucha; creemos que podemos entenderlos, dominarlos, domesticarlos, y, sin embargo, se trata de una expresión verbal que nos puede perder a veces en los laberintos del sinsentido. El poema nos muestra la pequeñez de nuestra condición humana que nos ha hecho creer, vanamente, que con la palabra nos entendemos:

Palabra, voz exacta
y sin embargo equívoca

La escritura literaria, según Paz, parte de impulsos diversos y contrarios:

para penetrar en mí y para huir de mí, por amor a la vida y para vengarme de ella, por ansia de comunión y para ganarme unos centavos, para preservar el gesto de una persona amada y para conversar con un desconocido, por deseo de perfección y para desahogarme, para detener al instante y para echarlo a volar. En suma, para vivir y sobrevivir.

La experiencia de la poesía, ya sea del lado del creador o del lector, es radical porque es la constatación de que el lenguaje dice mucho más de lo que está diciendo. En la poesía siempre hay un exceso significativo, y es ese plus, que sobrepasa al diccionario, lo que se encarna en el suceso de la lectura. Pensando en cómo escogemos los poemas que nos determinan, Paz ha señalado que “el único y verdadero antólogo es el tiempo”. No cabe ninguna duda de que en el segundo centenario del nacimiento de Paz, en el año 2114, habrá lectores sobrecogidos por

las letras de este mexicano universal, quien se estuvo preguntando toda su vida por las conexiones entre la vocación poética personal y la función social de la poesía.

Paz observó en la poesía la presencia de una dimensión profunda de lo humano; por eso llamó la atención sobre el hecho de que todos los pueblos tuvieran algún tipo de poesía que celebrar, aunque algunos no pudieran acreditar en sus tradiciones antiguas relatos que podrían ser vistos como antecedentes de novelas. Desde muy joven, estuvo interrogándose por el sentido de escribir poemas: para qué servía eso; qué se alcanzaba con un poema bien escrito; que relaciones instauraba la poesía con la historia. Cuando ordenó sus obras completas, en 1990, escribió:

La poesía es la memoria de los pueblos y una de sus funciones, quizá la primordial, es precisamente la transfiguración del pasado en presencia viva. La poesía exorciza el pasado; así vuelve habitable el presente. Todos los tiempos, del tiempo mítico largo como un milenio a la centella del instante, tocados por la poesía, se vuelven presente. Lo que pasa en un poema, sea la caída de Troya o el abrazo precario de los amantes, está pasando siempre. El presente de la poesía es una transfiguración: el tiempo encarna en una presencia. El poema es la casa de la presencia. Tejido de palabras hechas de aire, el poema es infinitamente frágil y, no obstante, infinitamente resistente. Es un perpetuo desafío a la pesantez de la historia.

Como se ve, Paz no puede hablar de la poesía sin recurrir a un lenguaje poético que dé autoridad a su palabra, como si el discurso de la poesía fuera el modelo perfecto del acto comunicativo humano: creyendo que comunicamos, algo de incomunicación siempre producimos. Por eso él estaba convencido de que los libros necesarios eran aquellos que intentaban responder las grandes preguntas que los hombres se hacían. La poesía es centralmente interrogativa; inquiere en la memoria; especula lo porvenir: “¿no sería mejor transformar la vida en poesía que

hacer poesía con la vida?”, pregunta Paz. ¿Está hecha, entonces, la poesía para todos? ¿Es posible algo que pueda denominarse una comunión universal en la poesía?

La poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono. Operación capaz de cambiar al mundo, la actividad poética es revolucionaria por naturaleza; ejercicio espiritual, es un método de liberación interior. La poesía revela este mundo; crea otro. Pan de los elegidos; alimento maldito. Invitación al viaje; regreso a la tierra natal. Inspiración, respiración, ejercicio muscular. Plegaria al vacío, diálogo con la ausencia: el tedio, la angustia y la desesperación la alimentan. Oración, letanía, epifanía, presencia. Exorcismo, conjuro, magia. Sublimación, compensación, condensación del inconsciente. Expresión histórica de razas, naciones, clases. Niega a la historia: en su seno se resuelven todos los conflictos objetivos y el hombre adquiere al fin conciencia de ser algo más que tránsito. Experiencia, sentimiento, emoción, intuición, pensamiento no-dirigido. Hija del azar; fruto del cálculo. Arte de hablar en una forma superior; lenguaje primitivo. Obediencia a las reglas; creación de otras. Imitación de los antiguos, copia de lo real, copia de una copia de la Idea. Locura, éxtasis, logos. Regreso a la infancia, coito, nostalgia del paraíso, del infierno, del limbo. Juego, trabajo, actividad ascética. Confesión. Experiencia innata. Visión, música, símbolo. Analogía: el poema es un caracol donde resuena la música del mundo y metros y rimas no son sino correspondencias, ecos, de la armonía universal. Enseñanza, moral, ejemplo, revelación, danza, diálogo, monólogo. Voz del pueblo, lengua de los escogidos, palabra del solitario. Pura e impura, sagrada y maldita, popular y minoritaria, colectiva y personal, desnuda y vestida, hablada, pintada, escrita, ostenta todos los rostros pero hay quien afirma que no posee ninguno: el poema es una careta que oculta el vacío, ¡prueba hermosa de la superflua grandeza de toda obra humana!

Este es el contundente, monumental e inmortal comienzo de *El arco y la lira*, un tratado magistral sobre la materia poética que, a la vez que exhibe inteligencia y sensibilidad, es un intento serísimo por captar la problemática de un poeta que se mira a sí mismo y al mundo en la segunda mitad del doloroso, confuso y generoso siglo XX. Con esta entrada aprendimos a no confundir entre poema y poesía, entre la materia, que puede ser dominada por todos, la de la lengua, y ese extra que el poeta añade al significado de las palabras y al modo en que estas se concatenan.

Palabra, una palabra,
la última y primera,
la que llamamos siempre,
la que siempre decimos,
sacramento y ceniza.

El poeta precisa apoyarse en la lengua. Y lo extraordinario es que hace, con los vocablos que bien conocemos, acontecimientos inesperados que conquistan sentidos excepcionales, como resultado de un juego sagrado, en el que la poesía es un artilugio para transformar la materia prima del lenguaje. ¿A dónde nos lleva esta sentencia de Paz?: “Todo poema se cumple a expensas del poeta”. No lo sabemos a ciencia cierta, aunque se puede entrever un recorrido sostenido, acaso invisible, que junta la escritura del poema con la idea de vivir el poema. Los poemas también sirven para hallar el arte del vivir. Y, por eso, nos van preparando para el morir. Los poemas están allí, pero nadie está obligado a acercarse a ellos y tomarlos. Paz entiende el poema como una posibilidad en la que alguien lo toma o lo deja; una persona aprende con él o considera que no le sirve para nada. El poema, para existir, necesita del carácter participante que conecta autor y lector, y establece un vínculo y una familiaridad especiales.

Paz realiza intervenciones que no sirven sólo para leer un poema de modo adecuado, sino también para comprender esa esfera espesa de la política; por ejemplo: “Todo período de crisis se inicia o coincide con una crítica del lenguaje”. Así, puede llegar un tiempo en que la eficacia de las palabras vaya mostrándonos que se ha dado una pérdida de sentido; esto, según Paz, es un anuncio de días aciagos. La responsabilidad del poeta en torno a la palabra es ejemplar; aunque no se evidencie así a primera vista, la escritura de poemas es también una cuestión de responsabilidad social. La pregunta por la sociedad no podía estar ausente de sus

reflexiones: “Se olvida con frecuencia que, como todas las otras creaciones humanas, los Imperios y los Estados están hechos de palabras: son hechos verbales”. Desde esta perspectiva es crucial defender las palabras porque ellas son parte del lazo social, debemos recrear ese vocabulario común que se instala como un acuerdo mínimo para poder vivir en comunidad. Las palabras que nos ligan con la vida no provienen de manera exclusiva de la poesía; pero sería de inmensa utilidad pensar que ellas hacen posible la fuerza transformadora de una colectividad.

No exento de ironía, Paz abordó lo que en tiempos pasados se llamaba la misión del poeta; en ese empeño produjo afirmaciones polémicas: “La poesía vive en las capas más profundas del ser, en tanto que las ideologías y todo lo que llamamos ideas y opiniones constituyen los estratos más superficiales de la conciencia”. Este es un llamado construido en el ánimo de trascender las formas rutinarias de los discursos de todos los días, que, de tanto emitirse repetidamente, van perdiendo creatividad, fuerza y eficacia. La poesía es un discurso profundo, impredecible, mientras que el de la política de los políticos de poder no cumple más que con las estrechas expectativas inmediatas y finitas de quienes lo emiten.

Paz fue un hombre sabio que, para subrayar el lugar de la poesía en el mundo, estudió y meditó el legado mexicano, la oralidad de los lacandones, el verso español del siglo de Oro, las vanguardias francesas y el surrealismo, las tradiciones orientales chinas y japonesas. Nada genuino escapó de su atención, y por eso insistió en la importancia de la riqueza expresiva como evidencia de la potencia creativa de los humanos: “El universo verbal del poema no está hecho de los vocablos del diccionario, sino de los de la comunidad. El poeta no es un hombre rico en palabras muertas, sino en voces vivas”. La poesía no se dirige, pues,

exclusivamente a lectores privilegiados, sino que está ahí para enriquecer el universo mental de quien se atreva a hacerle un cierto lugar en su experiencia de mundo.

Paz considera que hay magia en la forma en que utilizamos las palabras, pues ellas son creadoras porque disparan los sentidos por todos lados cuando se las pronuncia. Esta dimensión es también cósmica, y, al mismo tiempo, sirve para soñar abiertamente y para ensimismarse, para alertar los sentidos y tratar de dar respuesta a la pregunta de quién soy yo. La poesía es un acto consciente que señala los caminos de una búsqueda individual que, bajo ciertas condiciones, puede transformarse en grupal. La gran poesía se explica por fuera de la racionalidad absoluta, en lo que Paz ha calificado como la parte nocturna de nuestro ser que se conecta con el poema de modo espiritual o sensorial. La lectura de poesía, con estos parámetros, figura como una experiencia no sólo de la mente, sino del cuerpo entero. Puede llegar a ser sobrenatural y abrazar, así, lo sagrado.

Al destacar el esfuerzo de la creación, la experiencia poética nos revela en nuestra desnudez y orfandad, desamparados de palabras y de sentidos; buscándolos. Paz sabe de esto y lo confirma con una riqueza extraordinaria: “Inclinado sobre el papel, el poeta se despeña en sí mismo”. La poesía es el lugar donde el ser deja una parte de su ser, para ver quién se aprovecha de ese gesto: “Todo es ganancia en la poesía. Todo es pérdida”. Paz marca una senda condicionada por la lógica de la contradicción, que es la que nos caracteriza, muy lejos de aquella fantasía de que nos gobernamos completamente: “Las palabras del poeta, justamente por ser palabras, son tuyas y ajenas”. El lector completa el poema, en medio de una generosidad de la que nunca podremos destacar todo el

esplendor de su belleza. No de otra manera se explica que la poesía funcione como diálogo y monólogo al mismo tiempo.

Esta intervención no ha tenido otra intención que insistir en que la lectura de Octavio Paz es la vía regia para acceder al espectáculo de esa otra escena que nos ofrece la literatura. Por eso comparto el deslumbramiento que producen unos cuantos de los aforismos, denominados “Recapitulaciones”, que fueron escritos en Delhi, en 1966, y que se amplifican como enseñanzas sobre la poesía, sobre la vida, sobre el devenir. Escribe Paz:

“El poema es inexplicable, no inteligible”.

“Comprender un poema quiere decir, en primer término, oírlo”. Anticipándose a modernas teorías de la comunicación, Paz intuye que el diálogo es posible porque no centra su atención en el mensaje, sino en la escucha: hablar es escuchar al otro.

“Leer un poema es oírlo con los ojos; oírlo, es verlo con los oídos”.

“Al leer o escuchar un poema, no olemos, saboreamos o tocamos las palabras. Todas esas sensaciones son imágenes mentales. Para sentir un poema hay que comprenderlo; para comprenderlo: oírlo, verlo, contemplarlo –convertirlo en eco, sombra, nada. Comprensión es ejercicio espiritual”.

“Cada lector es otro poeta; cada poema, otro poema”.

“El falso poeta habla de sí mismo, casi siempre en nombre de los otros. El verdadero poeta habla con los otros al hablar consigo mismo”. “Abrir el poema en busca de *esto* y encontrar *aquello* –siempre otra cosa”.

“El poema debe provocar al lector: obligarlo a oír –a oírse”.

“Oírse: o irse. ¿Adónde?”.

“Enamorado del silencio, el poeta no tiene más remedio que hablar”.

Como lo hemos sentido todos, Octavio Paz, ya muerto, sigue hablándonos porque está vivo en su escritura.

24 abril 2014

◇